

EPOCA DEL ALMA, Poesías, por Chela Reyes.—Edit. Nascimento. Santiago

Más que a una época del alma, este libro se refiere a un período del cuerpo.

Bajo la quietud blanca de su título, que evoca de inmediato cosas místicas e inmaculadas, corre a borbotones la sangre roja de la vida. Es decir, del amor. Del amor inteligente, superior y consciente, que a su vez florece en poesía.

Una poesía acicalada de ropajes ligeros, en actitud de querer desvincularse de la madre Poesía; pero atada a ella no obstante por el hilo invisible del sentimiento, que inexpertas tentativas no han sabido o no han podido cortar. O no han querido. Porque, a través de la aparente inconsistencia de estos poemas de Chela Reyes, se ve en ellos tal fondo dormido de emoción y tan clara expresión de sinceridad, que sería vano querer reseñarles con palabras o conceptos de vanos modernismos intrascendentes. Rama de viejo árbol genealógico, la autora—Graciela Reyes Valledor,—ha sabido ingertarse bien en este otro árbol de gaya aristocracia; y al ingertarse y transmutarse, su espíritu trajo del añoso tronco ese perfume ingénito de buen gusto y de linaje que le da ahora calidad estética a estos frutos de atrevido sabor material. Sólo una que otra vez, a pesar de la evidente limitación—trance primario y temporal—de sus medios poéticos, el buen gusto la traiciona; y entonces la traiciona doblemente, en el sentido de lo bello y de lo correcto, como cuando dice por ahí: «*bailó ebria la danza de piratear*», y alguna otra.

Pero éstos son defectos menores en los méritos mayores de este libro. Si los versos de Chela Reyes no son aún la expresión perfecta de la poesía; si al concepto aun le falta consistencia y a la forma ligereza, la intención, desde muy adentro,

viene estremecida de sentimiento, y camina y mira muy hacia adelante, urgida de inquietud:

«Cargada de silencio
mi palabra en la noche
te busca, dulce nombre...» (Sueño; pág. 25)

Inquietud y sentimiento humano—no paganos—cuya lírica y espiritual sensualidad no hiere la espiritualidad de quienquiera:

«He tendido mi tibieza
en vencimiento de ansia
desde los pies a la almohada,
y soñando con tu cuerpo
el mío, silencio blanco,
voluptuosamente aguarda». (Romancillo; pág. 19)

Esta sensualidad de Chela Reyes, tiene una raíz mística honda, que así como ha echado en este siglo XX flores tan rojas como la poesía citada y el Romance de la Niña y el Río, bien pudo haber florecido en pasados siglos «floreillas» como las del seráfico Francisco de Asís. Misticismo instintivo y pan-teísta—integral, diríamos—que sale del yo y debe volver irremediabilmente al yo:

«Levadura de ayer, huella del alma...
Raíz que vive y morirá en mi tierra.
¡Cómo una ola vienes a mi playa!» (Recuerdo; pág. 29)

De toda esta Epoca del Alma, en la que tan bien ha sabido diluir la autora influencias ajenas—apenas se ven pasar a veces, líricamente desdibujados, algunos gestos y expresiones reminiscentes de algún Góngora, de algún Marquina o de alguna

Gabriela Mistral, por los perfiles de estos versos—, los dos últimos poemas son, a nuestro parecer, los mejores. «Canto profundo» es en verdad un canto de profundidad y de inmensidad, una

«Lenta marca que sin nombre vienes
por el sonido de mis venas lentas».

Hay angustia, hay inquietud y estremecida aspiración lírica en esta poesía de severa entonación sibilina. Aun más lograda, con más firme y sostenido impulso, «Totem», se yergue como un faro alucinante en el límite formal del libro:

«Como una ardiente garra, tiemblos,
negro en el viento, faro erguido,
con la esmeralda de tus ojos
en fuga siempre hacia el abismo.
¡Es algo así como una copa
con un licor desconocido!
Tienes los brazos y las manos
y los extraños pies torcidos,
cubiertó el cuerpo destrozado
por una piel de musgo vivo
¡y estás guardando de las fieras
mi corazón desfallecido!».

Digno e inusitado final de un libro que, al revés de muchos otros libros, principia con un débil rumor y termina en un grande y magnífico clamor.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

